

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 437

Barcelona, 14 de Abril de 1938

Av. 14 de Abril, 556

OPINIONES

14 DE ABRIL

Hoy, 14 de abril, se cumplen siete años de la llegada a España de la República. Yo la vi llegar desde un balcón de la Puerta del Sol. Venía por la calle de Alcalá erguida sobre un coche que avanzaba pausado y seguro. Estaba ya en el horizonte, y la Puerta del Sol, a mis pies, era todavía monárquica. Los guardias se abalanzaban sobre las primeras tímidas banderas republicanas y las tronchaban, no de otra manera que la escarcha abate las prematuras flores primaverales. Cuando la República desembocó en la plaza madrileña, nunca ésta ha merecido mejor su nombre rutilante. Puerta del Sol, el Sol entraba por ella en el corazón de España. Como por vía de milagro la floración primaveral se impulsó y la plaza se abarrotó instantáneamente de ramos tricolores. A la presencia del Sol los mismos guardias se deshelaron y se vieron florecidos también.

El invierno histórico estaba vencido y comenzaba la edad de oro. Todos la creímos así. Incluso los más recalcitrantes y escépticos de nosotros se dejaron arrastrar por la emoción inesfable del prodigio y gustosamente envainaron sus espadas críticas. Ahora, siete años después, la evocación de aquella tarde llena el alma de melancolía y la razón de remordimientos. El pecado original de la República fué—¡curiosa paradoja!—pecado de inocencia.

La candorosa placidez, que no excluyó algunos arrebatos de alegría dionisiaca, con que el pueblo se dispuso a vivir la nueva vida provenía, quizás, de que era ésta como un regalo mágicamente traído. La papeleta electoral había tenido virtudes de varita maravillosa. A su conjuro, por su simple contacto, el país había transmutado los harapos en vestiduras suntuosas y en vigor tenso y juvenil sus arrugas y achaques seniles. No hubo en su corazón espacio para sentimientos vindicativos. Como la Cenicienta triunfadora perdona a las hostiles hermanas y favorece a la perversa madrastra, así el pueblo español olvidó injurias y rencores pasados. Fué un error gravísimo, cierto, pero excusable. No han faltado después, y si callan ahora, reracerán más tarde, voces acusadoras contra los hombres que debieron prever y prevenir y no previeron, ni previnieron. Se hace difícil, sin embargo, exigir responsabilidades por el ejercicio de las más altas calidades humanas. Se les acusa a ustedes de haber sido nobles, generosos, confiados, decentes, leales, bondadosos. El fiscal que enumera estos cargos da la impresión de recitar una letanía de alabanzas. En un movimiento entrañablemente popular como aquél, los hombres representativos son efecto y no causa, conducidos y no conductores. Un genio quizás, pero, sobre que los genios no brotan a voluntad y a nadie se le puede echar en cara que no lo sea, incluso un genio hubiera visto que es más difícil saltar por encima de un círculo de amor que por encima de un círculo de fuego. Los besos oprimen y paralizan más que las bayonetas.

Y, sin embargo, todos los males que padecemos tienen en aquella tarde gloriosa su origen. La República tomó allí seruido y rumbo y no supo o no pudo rectificar. Y aquella misma tarde también comenzó a fraguarse la traición que estalló cinco años después. Esto la hace más repugnante y odiosa, si caben aumentativos en villanía semejante, porque a sus muchos pecados se une el de la ingratitud. Nada puede justificar la traición a la Patria y menos aún si es a la vez traición a un régimen que se entregó a sus enemigos inerme y con los brazos abiertos.

Pero los traidores cayeron asimismo en grave error. Tomaron la bondad por cobardía, la generosidad por falta de fe y creyeron débil, por blando, el corazón del pueblo. Si en este 14 de abril, fecha propicia a evocaciones y balances, los facciosos hacen examen de con-

Como la Cenicienta triunfadora perdona a las hostiles hermanas y favorece a la madrastra, así el pueblo español olvidó injurias y rencores pasados

ciencia, reconocerán su trágico error que paga España, el cuerpo sangrante y despedazado de España.

El 14 de abril de 1931, la República llegó a España. Empleo el verbo llegar porque me parece muy expresivo de aquel fenómeno. Por la desproporción evidente entre los medios empleados y el logro, la aparición de la República sobre el suelo español tuvo carácter de acontecimiento fortuito, milagroso, repito, obra del azar y de una coincidencia de circunstancias ajenas a apariencia al poder del pueblo. La República venía a aposentarse entre nosotros un poco porque sí, pues tanto hablar de revolución y de golpes de fuerza para traerla, nos habían dado la imagen de que éstos eran los únicos caminos y si había elegido otra insospechada, no se nos debía su presencia sino que se nos regalaba. De ahí el gozo bienaventurado del pueblo y su infinita ingenuidad y el no hacerse a la idea de que la República era suya y en realidad no lo era porque no son nuestras sino las cosas que parimos con dolor y con sangre. Pero esta actitud extraña, reconocimiento humilde de un beneficio, no era tampoco desamor ni desestima. Quienes lo creyeran se equivocaron.

En este 14 de abril, a los siete años de proclamada y a los veinte meses de guerra, parida, bien parida, terriblemente parida, está la República española. Ya no es un regalo que nos han traído de fuera, merced que se puede compartir, pero no se puede imponer. Es una criatura hija nuestra, batida con nuestra sangre y nuestro dolor, substancia de nuestra substancia, alma y medula del pueblo que sólo la muerte puede deslindar.

Paulino MASIP

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN)

Si en este 14 de abril, fecha propicia a evocaciones y balances, los facciosos hacen examen de conciencia reconocerán su trágico error que paga España, el cuerpo sangrante y despedazado de España.

La bandera tricolor

La voluntad popular antes que la mano del legislador adoptó como guión y enseña de la República la bandera de los tres colores, la tricolor, que continúa firme en el torreón más alto del Estado Republicano.

El día ya famoso del 14 de abril de 1931, se arrió la bandera bicolor, la roja y amarilla, y se izó la tricolor, la que añadía el morado a esos dos colores. De esta modificación han intentado los fascistas deducir consecuencias contrarias a la causa republicana que defendemos y defenderemos hasta la victoria sobre el fascismo. Dicen de la bandera roja y gualda, como la llamó Leopoldo Cano, que si es tradicional, que si es gloriosa, que si es símbolo de la patria...

Todo eso es falso, es moneda falsa, que sólo la ignorancia de la historia española puede admitir como verdadera y legal, como valiosa intrínseca y representativamente. No es tradicional un bandera que data del reinado de Carlos III y que no tremoló en las seculares luchas por la reconquista española, ni fué izada en las almenas de Granada, ni en las tierras de las Indias occidentales descubiertas por Colón, ni guió a los almogábares a Oriente, ni la ostentaron y defendieron los tercios, ni fué desplegada en Villalar y Toledo, ni agitada por los vientos de Italia, Flandes, Alemania, Francia, Orán y Túnez. De la Marina de guerra pasó al Ejército, pero compartió su simbólico lujo con banderas regionales y provinciales y con estandartes y pendones de los regimientos y escuadrones.

En la misma guerra de la Independencia no fué la única enseña que guiara al triunfo a las guerrillas y a las tropas.

Fuó bandera nacional durante el siglo XIX. ¿Y qué glorias preside en las batallas y los homenajes rendidos a los triunfadores? Más tristes que gloriosas son nuestras guerras civiles entre liberales y carlistas en la península, entre españoles y cubanos en América, entre españoles y tagalos en Asia.

Alcanzó gloria el Ejército liberal a la sombra de esa bandera; pero de los gloriosos fastos de aquel Ejército reniegan los traidores a su patria y se avergüenzan los que han dejado de ser liberales para trocarse en voceros exaltadores de las excelencias del ideario que los apostólicos, los carlistas, los neos y los clericales representaron y representan.

Únicamente los militares que permanecen fieles a su historia liberal y que dan su vida por la República y por la libertad e independencia de España son dignos de las glorias de Morella, de Castellón, de Vinaroz, de Teruel, de Bilbao, de Irún, de Luchana, nombres históricos teñidos hoy de rojo por la sangre de los que han sucumbido en esas plazas, algunas perdidas por la República, aplastados por la metralla de los aviones que la Italia de Mussolini y la Alemania de Hitler han puesto al servicio de militares renegados de la libertad y perjuros por no guardar el juramento que prestaron poniendo su espada en la bandera de los tres colores.

Excepto episodios como el de los Castillejos, donde el general Prim empuñó la bandera roja y amarilla, no puede asegurarse imparcial, serenamente, que sea gloriosa una enseña que hubimos de arriar en La Habana y en Melilla, que fué hundida en Cavite y en Santiago de Cuba y que hubo de servir en Annual y Monte Arruit de sudario a nuestros soldados.

La tricolor elevada por voluntad popular a la cima del Estado, fué izada por los telegrafistas, Cuerpo de excelentes republicanos, alma de héroes, en el Palacio de Comunicaciones de Madrid, horas antes de que tremolara al viento atada a los hierros del balcón central del Ministerio de la Gobernación.

La voluntad popular antes que la mano del legislador adoptó como guión y enseña de la República la bandera de los tres colores, la tricolor, que continúa firme en el torreón más alto del Estado Republicano, y que ha adquirido ya, con la resistencia a naciones como Alemania e Italia, más gloria que la conquistada por la bicolor durante la monarquía, desde Fernando VII a su biznieto.

Y al vencer, como venceremos, siguiendo, unidos, esa bandera tricolor, adquirirá una gloria que nunca tuvo la de los dos colores, porque será la tricolor, bandera de la República española y bandera también del mundo antifascista.

¡Viva la bandera roja, amarilla y morada!

Roberto CASTROVIDO

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

Distancia y presencia del 14 de abril

Aguas arriba de la historia, desde nuestras horas presentes, advirtiendo personas y hechos tras la neblina del vivir, en excesivas ocasiones envueltas en las llamaradas dramáticas de la guerra de sangre, precisamos con regocijo contenido una fecha señera, una fecha primaveral que marca, en los últimos años del vivir español, iniciaciones que hoy se logran en angustiosas realidades, que hallaron su fruto natural en esta lucha a muerte, ejemplarizadora, avivadora de la conciencia de los pueblos, de la que España saldrá, a su tiempo, en el momento que corresponda al necesario cruce histórico, engrandecida en su misión, purificada en su heroísmo, respetada, bien conocida, guía entre los guías necesarios al libre andar hacia puerto claro de las democracias nubladas, encogidas, dubitativas.

Un 14 de abril de no sabemos cuántos años hace, nace nuestra República, bien vestida, muy bien hablada, desmemoriada con exceso para los dolores sufridos por el pueblo español; con la mano tendida siempre y siempre la sonrisa a punto para sus enemigos naturales, para los que, sabiéndose bien vencidos, hubieran dado entonces mil veces más de lo solicitado, mil veces más de lo que la República, generosa hasta la inocencia, se decidió, humilde, a rogar.

Alegría. Confianza. Euforia de flancos abiertos. Todos hermanos españoles. Todos unos en el afán de hacer una España sin duelo, sin vagos y sin oprimidos.

El Ejército, la reacción, el clero, la amargada vejez de siempre, por un gesto vital del pueblo, dejó el mando, que no el poder, en manos de unos hombres dignos que se dieron a trabajar, a crear, soñando en una vida nueva, resplandeciente y ardorosa.

Republicanos todos, casi todos. Y los que no podían ser republicanos, capaces de admitir con humilde resignación, con bien estudiada prudencia, un respeto tranquilizador, verdaderamente confortador, de los hombres del nuevo régimen.

Con los sucesivos catorces de abril, desde el que nos trajo la República, por la recuperación activa de los vencidos, por la decisión demostrada por los dominadores de siempre, por la tendencia venturosa a comprender y a dispensar de nuestros jefes republicanos aquella alegría, aquella confianza, aquella euforia de puerta abierta, fueron deshaciéndose, atomizándose, dejando en su lugar, en el lugar más destacado de nuestra vida de cada día, la dramática interrogante, la jactanciosa decisión visible del enemigo secular, enriquecido por las coincidencias exteriores, por la recuperación gustosa de los puestos de mando, entregados a poco precio por los republicanos enemigos de la República.

Nada de alegría. Preocupación. Pesadumbre. Y una reiteración apasionada del pueblo por seguir camino ascendente.

Los ataques y contraataques, experiencias de alcance largo, vienen con los años, se intensifican más y más a medida que la red espesa en que debía ser aprisionada la República ho-

nesta, respetuosa, olvidadiza de las ofensas, se iba ciñendo más y más al cuerpo social de la patria.

Agosto, la prueba fallida, justifica el pre-ocubre político que tenía que forzar al pueblo a decir su palabra justa, derivando por ley prevista hacia la represión sangrienta. Y después del octubre rojo, el febrero reiterador, esperanzador, última demostración legal realizada por la República para saber su voluntad.

La guerra también nos trajo abril, que es como decir esperanzas, recuerdos, ocasiones de

revisar, de comparar la intención con el resultado, el propio e íntimo deseo y la imposición enemiga.

En guerra estamos este abril, en guerra dura como nunca, en una guerra comenzada cuando nos llegó la República y que no es posible decir qué primavera no verá, qué abril se verá libre de ella.

No hay más que la guerra. Y la República. Y la voluntad única, fortalecida en la recobrada decisión agresiva, de luchar contra el fascio, traidor a la intimidad sagrada de la patria, traidor a firmas y a palabras,

asesino de libertades, de niños, de intentos generosos del claro soñar y querer del pueblo español, que en un abril lejano deshizo el ceño endurecido en siglos de dura opresión, de esclavitud envilecedora.

Este abril de hoy encuentra la zona leal más dispuesta que nunca a seguir luchando bajo la bandera republicana. Las últimas adversidades de los campos de guerra las sabemos ya transitorias, han servido de acicate magnífico para reprochar a los satisfechos, despertar a los adormecidos, endurecer a los ablandados, poner en primera línea de

combate a los valientes y conscientes, coordinar en noble arbitrio contradictorias intenciones que la guerra no había podido o no había sabido todavía unificar para la obra.

¡Siga la guerra y su destino! ¡Adelante por la República!

Estos son los gritos que salen del pecho español frente a los invasores, frente a los traidores a su patria, frente a los horizontes de las tierras de España manchados por el crimen, la esclavitud, el tenebroso subsistir.

A través de los años, a través de las alegrías, de las angustias, de la gesta sin precedentes realizada por la España leal sorprendida inerme por el fascio del mundo, y que supo con heroísmo hacer pie en su tierra, improvisar la resistencia, formarse para las victorias en las más duras experiencias, el pueblo español, en el día de hoy, en este aniversario grave al que la sangre ofrece tono, recuerda con limpia complacencia el 14 de abril que nos trajera la República y con ella la obligación de defenderla con ahínco, a vida y a muerte, contra españoles y extranjeros, por aire, mar y tierra.

En eso andamos. Por ese camino andaremos lo que la guerra exija, lo que nos pida el triunfo cierto.

Ni las debilidades de los propios, ni las traiciones de los ajenos, sufridas, superadas, a lo largo de la vida republicana; ni el dolor necesario de esta guerra tremenda, que centra a la España leal en una zona histórica de incalculables perspectivas, amengua el goce del recuerdo por aquel lejano y cercano 14 de abril que hoy recordamos, que hoy sabemos acrecentado por la experiencia, por la exigente obligación, por la seguridad de un triunfo que contra más y más se tarde, más unidos nos hallará, más ligados a nuestra tierra y a nuestra obligación histórica tendrá que hallarnos sin remedio, pues que en ello está el gran poder que sentimos y comprendemos.

¡Todos juntos frente al enemigo invasor! ¡Adelante por la República! ¡Hacia la victoria por la unidad de acción! ¡Viva el Ejército Popular!

Gabriel GARCIA MAROTO

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

A L O C U C I Ó N

Españoles:

Hace siete años, una tarde gloriosa, en un pueblo de Aragón, me tocó lanzar a todos los vientos la bandera republicana. Con tal febril inquietud, con tal vehemencia proclamamos la nueva fusión de colores, que el morado se nos quedó arriba, en vez de quedar abajo. Era el color niño, el color nuevo que, brincándose todas las normas, venía a proclamar, una vez más, la genialidad de España, su rebeldía a toda norma histórica, a todo sesudo proyecto diplomático, a todo prejuicio o esperanza elaborados frente a una estadística. Era el nuevo color que venía a teñir definitivamente la historia de España. Era el color de las libertades de Castilla, las libertades de todos los pueblos—tan distantes algunos—que se juntan en España.

Oídlo bien. El rojo era un color viejo, entre nosotros, desde Viriato. El amarillo, también, desde que llegaron los galeones de Indias. Pero el morado era tan nuevo, tan sagrado, como la unidad de España, como las libertades de España. Por eso aquella tarde, en aquel balcón inolvidable, pusimos el morado encima del viejo color de la violencia—tan antiguo como España—y del aún más viejo color de la riqueza, del oro, de todo lo demás que hay detrás del amarillo.

Ni culto a la violencia, ni culto al odioso poder del hombre que atesora. Culto a la libertad. Por encima de todo, el ciudadano libre. Aunque las normas se resquebrajen, aunque el artificio histórico se derrumbe. La historia es preciso rehacerla cada día. España, pueblo vehemente, pueblo nada erudito—ni falta que le hace—, está llamado a realizar este milagro: dar lecciones al mundo. Alguna vez con sus libros, con sus pinturas, con su música; pero hoy con su voluntad de hierro, con su invencible tenacidad, con su firme voluntad de vivir independiente.

A España—a nuestra España—no le importan los proyectos financieros de los Estados que viven al compás de sus balances. El ritmo de España no fué nunca aritmético. El ritmo de España es otro, muy distinto, muy distante al ritmo económico. España—nuestra España—ha inventado una frase—cualquiera ha podido escucharla—que derrumba todo programa financiero. Un ciudadano cualquiera español ha dicho, le hemos oído decir: *¡en mi hambre mando yo!*

Pues bien, a un pueblo así, no se le puede vencer. La máquina, todas las máquinas del mundo no son capaces de vencer a un pueblo capaz de mandar en su hambre y de mandar en su vida. ¡Todas las máquinas de un pueblo no son capaces de vencer a otro pueblo que ha aprendido a morir!

Como hace siete años, quisiera ahora tender la faja morada de la libertad sobre todos los rojos de la violencia y todos los amarillos de la complacencia con el oro y sus cómplices. Los pueblos necesitan acumular riquezas, como necesitan de sangre rebelde y acometedora; pero de nada les serviría el oro y la violencia, sin la suprema riqueza humana: sin la libertad.

Sin la libertad que da el color morado: color de ascetismo, de renunciamento, de alto nivel de espíritu.

Color de ciudadanía, por el cual murieron los grandes enamorados de España, las excelsas heroínas, los poetas, los hombres geniales—absurdos si queréis—de España.

Celebramos hoy, 14 de abril, la gran fiesta de la recuperación de España. Hoy en la zarpa del enemigo común de la cultura de Occidente, eligió a España como víctima para clavar en ella sus uñas y arrebatarle una independencia conquistada por el pueblo después de muchos años de tenaz esfuerzo y sacrificio. Es España la que, por designio fatal y glorioso de la historia, debe salir al encuentro de la nueva barbarie que amenaza destruir las libertades democráticas, tan penosamente conquistadas.

La elección nos honra, es verdad, pero también nos

compromete. Nunca pudo decirse con tanta verdad: «nobleza obliga». Porque la España grande, la España noble de los hombres que siempre trabajaron y sufrieron; es decir, el pueblo, el auténtico pueblo español, se ve en estos días obligado a salir al paso de una agresión jamás conocida en la Historia, a una nueva y recrudescida barbarie cuyos antecedentes conocemos, pero cuyos modos de operar nadie podía prever, tan fuera están de toda previsión humana. Por lo crueles. Por lo bestiales. Por lo opuesto a toda conciencia, a toda sensibilidad contemporáneas.

No se trata ya de un pueblo que lucha con otro pueblo. Ya no se trata de una escaramuza fratricida, ¡no! Estamos comprometidos, infortunadamente, en una lucha del hombre contra la bestia. Del hombre afanoso de una vida mejor, contra la máquina inconsciente, insensible, al servicio de programas de vida parálitica, detenida en un punto de la historia incapaz de avance alguno. Si estos programas, si estos modos de vivir prosperan en España, siglos enteros de civilización se derrumban. Si estos hombres logran sus propósitos, España entera se convierte en un enorme campo de concentración de esclavos.

Y detrás de España, Europa entera. Porque somos nosotros los centinelas del mundo occidental. Por nuestra geografía de siempre, pero hoy, también, por nuestra historia. Y no sabemos si se trata de una desdicha o de una fortuna; pero lo cierto es que hoy el mundo está pendiente de nosotros, que todos los países tienen en España puestos los ojos, y queramos o no, debemos movernos, debemos actuar ante las miradas fiscalizadoras de todo el mundo. Unas sin duda nos alientan, otras pretenden amedrentarnos, pero todas nos deben estimular.

España, pueblo de posibilidades sin fin, ha sido llamada a agotarlas en esta lucha de un viejo mundo—el parálitico—contra el nuevo—el que avanza—. España, y ahora, en primer término, el Ejército de España. El joven Ejército popular de España. Casi recién nacido, y ya tan vigoroso como un titán.

Y titánico continuará siendo si sabe comprender el sentido de ese color morado, de las libertades del pueblo. El color rojo es ya demasiado viejo en España; se utilizaba ya para amedrentar a los soldados de Roma, cuando Roma aun no era de Italia. Y el amarillo es tan viejo como la avaricia, y como la conformidad. Pero el morado color de sacrificio y austeridad es quien únicamente puede mantener erguido a un pueblo en medio de sus más duras borrascas.

Porque sacrificio es lo que en estos momentos se le exige al pueblo de España en nombre de las libertades del mundo. Titánico es el esfuerzo que desarrolla—en todos los frentes de vanguardia y de retaguardia—el heroico Ejército popular de la España que no quiere someterse a servidumbre. Titánico, frente a la mole bárbara de los hombres-máquina del Norte, es la resistencia que a todos nos exige hoy la dignidad de España, su calidad de pueblo libre y dueño de sus propios destinos.

Resistencia excepcional, como es excepcional el destino de España, de su República, de su futura gloria histórica. Por encima de toda norma y—oídlo bien, españoles—de toda violencia interior y exterior, España debe quedar libre, absolutamente libre de sus propios destinos. Tal como aquella tarde del 14 de abril de 1931, en que sobre el color rojo, sobre el color amarillo, unos vehementes republicanos de Aragón pusimos inconscientemente el color morado sobre los otros dos colores de la nueva e invencible bandera de la República española.

Benjamín JARNES

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

El "SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN" se publica diariamente en castellano y en francés, y los lunes, miércoles y viernes, en alemán, italiano e inglés respectivamente

MAIRENA PÓSTUMO

(Algunas consideraciones sobre la política conservadora de las grandes potencias)

¿Qué diríais vosotros—amigos queridos—de unos gobernantes que, invocando la necesidad de asegurar a todo trance la paz de sus pueblos respectivos, se apercibiesen a una guerra que ellos mismos consideraban inevitable, fatal? Diríais de ellos que carecían de la lógica más elemental, o que pretendían hacernos comulgar con ruedas de molino; que eran hipócritas, dotados de una inocente hipocresía de gato escondido con el rabo fuera. Porque ellos proclamaban la necesidad de la paz, convencidos de que lo verdaderamente necesario era la guerra, para la cual abiertamente se preparaban.

Observad sin embargo—añadía Juan de Mairena—que estos gobernantes suelen ser considerados como políticos hábiles y razonables. Y, en verdad, no les faltan razones aparentes. Ellos no quieren la guerra, y de ningún modo la provocarían. Convencidos, empero, de que la guerra es lo ineluctable, lo indefectible, a ella se aperciben. Cuando la guerra llegue, lucharán con entera tranquilidad de conciencia: tendrán todas las simpatías de su parte, por no haber sido ellos los provocadores de la contienda, por ser, en cierto modo, los menos responsables de sus estragos. No olvidéis que a la hora de la paz, si se gana la guerra, se cotiza muy alto el no haber sido provocador. Los políticos hábiles piensan que esta razón reforzará, a su tiempo, el peso de la espada de Breno, en cuya forja y en cuyo temple se ejercitan.

Pero vosotros podéis hacerme una pregunta que, en vuestro caso, hubiera formulado Don Quijote: «y esos hombres tan razonables como pacíficos, tan aferrados a la paz como convencidos—y aun convictos—de la fatalidad de la guerra, ¿cuándo creerán que ha llegado, para ellos, el momento de guerrear?» Yo os contestaré sin titubear: «Cuando sean agredidos, o para repeler una agresión inminente». Porque, de ese modo, serán los últimos en abrir el templo de Jano, los más tenaces en ofender toda suerte de sacrificios a la paz. La humanidad tendrá que agradecerles, si no la paz, el haber, al menos, retrasado la guerra. A todo lo cual vosotros podréis replicarme: «Pero esos hombres

irán a la guerra tristes y solos (con la soledad de los gallegos del cuento), después de haberlo sacrificado inútilmente todo a la paz, y nada a la justicia, horros de los motivos bélicos que pueden ennoblecer e idealizar una guerra, los cuales son—no hay que dudarlo—de índole altruista. Ellos exclamarán en mil tonos—porque no hay guerra posible sin retórica—: «Luchamos por la libertad del mundo». Habrá que responderles: «Antes de que os pisaran un pie, la libertad del mundo os importaba muy poco. Hollada y escarnecida la visteis en los pueblos vecinos, y os cruzásteis de brazos». Ellos añadirán: «Luchamos por acorrer a los débiles, por defenderlos de la inicua opresión del poder arbitrario y de la fuerza bruta». Habrá que responderles: «No es cierto eso que decís. Cuando los fuertes—tan fuertes como abyectos—asesinaban vilmente a los inermes—los enfermos, las mujeres, los niños—vosotros apartabais la vista, no por piedad de las víctimas, sino para dejar hacer a los verdugos». ¿No era ese el camino más corto para la paz? «Luchamos por la cultura»—seguirán gritando—; y habrá que responderles: «En mal hora pronunciáis esa palabra. Tan cultos y tan fieros. ¿Quién sabe si esa cultura que recabáis como un privilegio, es, en gran parte, lo primero que debíais arrojar al cesto de la basura?»

No sigamos, amigos míos. Porque no conviene abusar de la retórica. El abuso de la retórica consiste en predicar superfluamente al convencido. Dejémoslo aquí. Algún día os demostraré—o pretenderé demostraros—que la paz a ultranza es una falacia burguesa, hija del miedo, del egoísmo y de la estupidez. Ella no evitará la guerra grande: hará que ésta sea más grave, cuando llegue; porque habrá despojado a los contendientes de todos los motivos generosos para guerrear, y la guerra entre hombres se convertirá en lucha de fieras. Acaso también veamos claramente que no es la paz un ideal inasequible; pero que nunca lo alcanzaremos, si no aprendemos antes a guerrear por el amor y por la justicia. Y que todo lo demás es... política conservadora.

Antonio MACHADO

(«La Vanguardia», Barcelona, 13-IV-1938.)

El drama de la intervención

Por MANUEL HUMBERT

La historia de la política de No Intervención da por resultado el drama de la intervención, que en estos días en que los rebeldes, nuevamente armados con material alemán e italiano, amenazan con invadir Cataluña, alcanza su momento trágico. Lo que ha sucedido en los dos rápidos años transcurridos desde el comienzo de la guerra civil española en 1936, es un ejemplo de cómo las potencias fascistas tratan de ganar sus guerras sin romper abiertamente la paz y cómo las descomposiciones políticas de la actualidad degeneran en luchas sociales, cuyas líneas divisorias no pasan entre las naciones, sino a través de ellas.

La rebelión del general Franco contra la República española fué preparada en el extranjero y desde su comienzo contó con la ayuda exterior. Cuando, para sorpresa de los rebeldes, resultó que la resistencia de los republicanos era fuerte, la intervención de Italia y Alemania adquirió mayores dimensiones. Las Democracias fueron sorprendidas. León Blum confesó posteriormente que se hubiera debido obrar de otra forma desde los primeros días. Y así Francia, al proponer la no intervención, pretendió que todas las naciones observaran una neutralidad absoluta. Pero no ocurrió así.

Tanto en Inglaterra como en Francia, las simpatías de la clase señorial eran para el jefe rebelde, Franco. Aunque en el momento del alzamiento, el Gobierno estaba dirigido por un republicano burgués, y no por un socialista o un comunista, la leyenda del régimen bolchevista en España halló buena acogida en todas partes. Como defensor de la burguesía internacional, como héroe de los accionistas de Ríotinto, fué celebrado el general revolucionario. Los intereses de cla-

se son para los capitalistas más importantes que los nacionales, que, desde el primer momento, habían debido exigir de Francia e Inglaterra la defensa de sus posiciones en el Mediterráneo. Pero en vez de esto triunfó la tendencia hacia la capitulación. La somnolienta impasibilidad de un bando, cuyos representantes eran juristas de la corona y diplomáticos, contrastaba con la audaz actividad del enemigo, el cual empleaba los métodos de los conquistadores.

La clase señorial, que antiguamente enviaba, sin escrúpulos, a los pueblos hacia la muerte, se ha convertido de repente en ultrapacifista, allí donde se trata de la paz y de los derechos de los pueblos. Reaccionaría de una manera muy distinta si entrasen en juego sus propios beneficios. La fe de los dirigidos capitalistas llega hasta el extremo de creer que el fascismo no es el peor negocio, ya que facilita una relativa duración de la propiedad. Se comprende, por lo tanto, este retroceso ante las dictaduras, este cerrar de ojos ante la realidad, esta política de abdicación de las grandes potencias occidentales.

A Hitler y a Mussolini se les permite hoy todo. Pocas semanas después de la anexión de Austria, el «duce» se dispone a apoderarse del Mediterráneo, el «mare nostrum», como compensación a la pérdida sufrida en el centro de Europa.

Se oye ahora muy a menudo que los acontecimientos que estamos viviendo son únicos por su descaro. Esta técnica de mentiras de Goebbels y su arte de volver las cosas del revés no constituye una novedad. Rodemos por un momento en sentido inverso la película de la historia y veremos que siempre han sido iguales los procedimientos pa-

ra aturdir a los que titubean y muy parecidas las resoluciones entre la guerra y la paz, la victoria y la derrota.

Demóstenes sostuvo sesenta charlas contra Felipe II de Macedonia, el bárbaro invasor y destructor de la libertad y de la cultura griegas. En una de las filípicas habló Demóstenes sobre la paz y la intervención, de una manera tan clara y profética, que hubiéramos querido oír un discurso semejante en el Comité de No Intervención de Londres:

«¿Cómo es que Filipo puede llevar a cabo una expedición militar, violar el derecho y tomar ciudades, sin que haya uno solo que confiese que comienza una guerra, y los que, por el contrario, aconsejan no dejarle hacer son acusados de desencadenar la guerra...? Sé, sin embargo, que ninguno de nosotros ha propuesto hasta ahora en Atenas declarar la guerra, y, a pesar de esto, Filipo sigue ocupando territorios que no le pertenecen. Si a pesar de todo queréis obrar como si él no estuviese en guerra con nosotros, sería una tontería, por su parte, obligarnos a que lo confesáramos. Pero ¿qué diremos el día en que nos ataque aquí? Dirá seguramente que la guerra no va dirigida contra nosotros de igual forma que afirmaba que tampoco iba dirigida contra los habitantes de Oros cuando sus tropas ocuparon dicho territorio, ni contra los de Phaerus, cuando apareció Filipo ante sus murallas o bien contra los olyntios, hasta el instante en que con su ejército se presentó en su propio país. Si alguien, en este día, nos aconseja que nos defendamos, ¿le diremos aún que provoca la guerra? En este caso, no nos restaría más que la esclavitud.»

FASCISMO Y COMUNISMO

ABOLENGOS DISIMILES

por R. LOPEZ BARRERA

(al Dr. Tomás Blanco)

(Continuación)

carente de escrúpulos. Milita en las filas del socialismo como un simple adepto del mismo pero sus actitudes teatrales y cierta excentricidad de carácter extremista comunicale una prestancia de líder entre determinado sector de su partido. Es el momento en que la reacción vital e ideológicamente confusa de la post-guerra hace presa de Italia, caldeando los ánimos, mientras el poeta D'Annunzio, hambriento de notoriedad y no resignándose a abandonar el papel de galán que ya principia a escatimársele, ensaya poses líricas de todos los calibres. Mussolini, ambicioso y poseedor de una vitalidad exuberante, explota en su provecho el arranque poemático del refinado y morbosos Gabrielle y de allí nace el «fascio» o sea el haz simbólico que representa el espíritu heroico de Italia o, mejor aún, de la eterna Roma.

EL GANGSTERISMO

Esta agrupación inicial, aunque justifica su existencia con pretextos más o menos plausibles, representa, sin lugar a dudas, la concreción incidental de una mentalidad gangsteriana, es decir, una reimportación de ese mismo producto itálico surgido en Norteamérica al amparo de la corrupción de los políticos de barrio. En efecto, la primitiva organización de Mussolini, sobre todo las llamadas «partidas de la porra», emplea procedimientos drásticos que parecen copiados al pie de la letra de los pistoleros de Chicago. Si se investigaran concienzudamente las incidencias de este período de incubación del fascio no constituiría una sorpresa el hallazgo de algún émulo de Al Capone, graduado en esos menesteres, que sirviera de asesor técnico al falso líder socialista en cuanto a la táctica raqueteril se refiere.

Imponiéndose por medio del terror, a punta de pistola, ultimando drásticamente a sus opositores, el

Entonces, a pesar de Demóstenes, se quiso obrar como si no existiese la guerra y hoy se quiere actuar absolutamente de igual forma que hace 2.200 años. Ya negocia Chamberlain con Mussolini un arreglo, cuyo compromiso se basará en retirar de España a las tropas italianas después de la victoria de Franco. Esta promesa es ingenua, aun cuando se cumpliera, lo que, según la experiencia de todos los «gentlemen's agreements», da la impresión, a lo sumo, de improbable. Queda, por lo tanto, una vana ilusión, porque el fascismo no sólo quiere asegurarse conquistas, sino también esferas de influencia, puntos de protección militares y protectorados. Esta finalidad se conseguiría convirtiendo a España al fascismo. La política británica, que se imagina defender los intereses de la clase conservadora, hace lo posible por terminar el drama de la Intervención con este quinto acto. La esperanza de España se basa, como hace veintidós meses, en la propia fuerza de su pueblo, en su valor y en los buenos nervios de los dirigentes republicanos, que continúan luchando. Para Neville Chamberlain se ha cerrado ya el capítulo. Hay que desear y confiar que el arte político inglés se haya equivocado otra vez en sus cálculos.

(«Pariser Tageszeitung», 2-IV-1938.)

futuro Duce logra reunir bajo su férreo control un gran número de adeptos. La marcha sobre Roma, el primer gran «bluff» de Mussolini, reducese, a fin de cuentas, al éxito incidental de un afortunado golpe de audacia. Sólo la inmensa mediocridad del menguado Vittorio Emanuele pudo doblegarse sin resistencia a esta imposición efímera y teatral. En Roma los jefes militares sólo esperan la venia real para dispersar sin mayores esfuerzos las históricas columnas, pero el pequeño monarca—ofuscado por la conciencia de su propia ineptitud—prefiere ceder sin combatir e invita a su adversario a hacerse cargo del Gobierno. El primer sorprendido es el propio triunfador. A pesar de su característico desenfado, el socialista renegado no pudo prever que las estridencias y las actitudes espectaculares hubieran de amilanar a tal extremo al diminuto César de bolsillo. Esta impresión inicial en cuanto a la eficacia del «bluff» y otras algarabías similares condicionarán desde luego la política internacional del nuevo Partido.

He aquí, pues, a nuestro hombre encumbrado meteóricamente a la posición que tanto ambicionara durante su vida. Figurémonos por un momento a un jefe de pandilla exaltado repentinamente al cargo de alcalde de Nueva York. Deberá sentirse transido de responsabilidad, seriamente preocupado por el bienestar de sus súbditos. De primera intención tratará de corresponder eficazmente a la confianza en él depositada, pero su condición de jefe de pandilla sólo podrá admitir un sistema de gobierno basado en la autoridad más absoluta.

No hay que olvidar que Mussolini había pasado, casi sin transición, de su híbrido liderato pseudo socialista al rango de primer ministro del reino. Es entonces, y sólo entonces, cuando «il signor» Benito, encerrado en un palacio, solo, febril, convulsionado, exprimiéndose el cerebro, concibe esa «actitud» política de tremenda fuerza expansiva que había de conocerse luego con el mismo nombre ideado por Gabrielle. Adviértase bien que Mussolini ha debido hallarse influenciado en esos momentos por dos factores predominantes, uno de ellos refiérese a su condición de socialista renegado, pero consciente, sin embargo, del valor de las ideas doctrinarias, y el otro al deslumbramiento producido por la revelación de la terrible eficiencia de la estructura gangsteriana que había elevado con tal facilidad al Poder supremo. Del singular maridaje de estos dos factores, el uno empleado como justificación ideológica del sistema representado por el otro, surge ese concepto nuevo, basado en la violencia, y cuyo objeto primordial parece ser la organización estatal concebida a la manera de una cooperativa de pistoleros, con la exclusión perentoria de todo código moral. Tómese en cuenta que una típica asociación pandillera estructurada por elementos itálicos de los Estados Unidos, y en la cual la exuberancia meridional ha sido debidamente encauzada por la idiosincrasia sajona, representa un producto de alta eficiencia cooperativista. La autoridad en tales agrupaciones hallase concebida a la manera de un triángulo colgante, cuyo sostén radica en el vértice y no en la base.

(Continúa en la página siguiente)

Tal inversión determina la imposición de ciertos postulados arbitrarios que incluyen la predestinación, la gracia divina y la infalibilidad. Como el vértice del triángulo no constituye una síntesis de las aspiraciones contenidas en el conglomerado geométrico, sino que, por el contrario, intenta convertirse, a su vez, en base determinante, la voluntad de un hombre ha de crear lo que en estado normal es producto de sedimentación. Este sistema simplifica aparentemente el problema social, reemplazando con un criterio único, simple, primitivo, el complicado engranaje de mil voluntades en conflicto. Para el hombre que se haya arrogado incidentalmente estas prerrogativas, truécase la política en un sencillo tablero donde moverá las piezas a su mejor arbitrio y entender y, de este modo, problemas que resultaron insolubles con sistemas políticos más liberales perderán sus confusos contornos, tornándose esquemáticos y susceptibles de realización. Todo esto tradúcese de inmediato en un aumento de la eficiencia nacional, tanto en capacidad bélica como en ciertos aspectos de prosperidad material, como sucede con Italia y Alemania. Ahora bien, esta vitalización estará siempre condicionada por la desviación original. La filiación gangsteriana del fascio pónese de manifiesto de una manera fatal en el énfasis dado al incremento armamental y en sus consecuencias específicas constituidas por el atraco internacional de Abisinia, la descarada ingerencia en la guerra española y la piratería mediterránea.

EL FASCISMO Y EL «BLUFF»

En el terreno de los hechos, el fascismo representa una ampliación transcendental del criterio pandillista, es decir, el despojo y el robo individual elevados a un plano colectivo y justificados con el argumento elástico de la «razón de Estado». El aporte original de Mussolini radica únicamente en la circunstancia de haber condensado inicialmente en un solo organismo dos conceptos antagónicos, aprovechando certeramente los dos factores que condicionaron su éxito. En efecto, el nacional-socialismo preconizado también por Hitler, corresponde a la peregrina unión de dos tendencias encontradas, ya que el socialismo es esencialmente universal y rechaza la limitación nacionalista. Desde entonces implántase esa nebulosidad característica del fascio, cuya falta de base doctrinaria, propiamente dicha, ha sido reemplazada haciendo gravitar el éxito material del sistema retrospectivamente sobre su postulado inicial. Lo que resulta claro en este punto es que la organización fascista no difiere sustancialmente de la estructurada por el criterio gangsteriano. La infalibilidad del jefe, la preocupación por una sucesión adecuada, la selección de los tenientes, la exaltación de una disciplina implacable y el prurito de la amenaza previa para la consecución de sus objetivos, corresponden a modalidades características de la mentalidad pandillista. A pesar de la teatralidad de su inspirador y de la evidente exageración que determina la exuberancia meridional, el más grande «bluff» del fascismo no consiste precisamente en la proyección de un escenario espectacular, sino en haber sabido dejar a las demás naciones en una inquietante incertidumbre acerca del verdadero alcance de sus amenazas. Todos sabemos que el prestigio gangsteriano afínase en el estricto cumplimiento de sus advertencias punitivas y que una sanción inefectiva determinaría el colapso de las productivas depredaciones. Los países europeos saben positivamente que el dicta-

dor fascista ha hecho del «bluff» su arma favorita, pero éste ha tenido buen cuidado de realizar cumplidamente ciertas amenazas, expuestas deliberadamente con un desenfado que excluía en apariencia la intención de llevarlas a cabo. Su máximo atraco, el de Etiopía, fué objeto de una publicidad inicial poco convincente, lo que no fué óbice para que se perpetrara luego con absoluta decisión. La pregunta mental que determina probablemente la indecisión «edeniana» es la siguiente: ¿hasta qué punto podrá llevar Mussolini esa preocupación morbosa de concretar en realidad sus arrestos raquetiles? A nuestro entender, esta pregunta es tanto más difícil de contestar, cuanto que el propio Mussolini no sería capaz de dilucidar su propia actuación en cuanto al cumplimiento incidental de sus proteicas manifestaciones.

Otro de los aspectos del fascismo, y tal vez el más interesante, reside en su franco antagonismo al ideal obrero, cuya prolongación extrema llega hasta el comunismo. El concepto político creado por Mussolini, al negar la determinación colectiva de las comunidades obreras, colócase abruptamente en contra del genuino socialismo. Aprovechando arteramente los conocimientos adquiridos en su primera etapa y esgrimiéndolos en sentido inverso, inventa la fórmula del Estado totalitario, tanto para proteger al capitalismo, como para mantenerlo bajo su control.

LA DEBILIDAD DEL FASCISMO

El punto débil del fascismo reside en la realidad incontrovertible de que la destrucción incidental del vértice del triángulo aparejaría fatalmente la ruina del sistema. En efecto, muerto el jefe, y sin un segundo capaz de erigirse en tal, la pandilla se dispersaría por falta de cohesión. Actualmente no existe en Italia un teniente de agallas dentro del fascismo, ya que la preocupación dictatorial de erradicar a un posible rival excluye automáticamente las posibilidades directrices. Los dos herederos legítimos, mediocridades irredentas, arrastran melancólicamente sus facha bonachonas en un desmayado intento de comunicarles una ferocidad imposible, mientras el yerno aristocrático, ejemplar afortunado de la fauna diplomática, mariposea por las cancelías sin lograr convencer a nadie de sus extraordinarias cualidades.

Nadie conoce el verdadero alcance de una modalidad ideológica cualquiera hasta no constatar las reacciones específicas que determinan en el organismo social. En este sentido, la condición regresiva del fascismo denuncia elocuentemente el hecho de su acoplamiento instantáneo con los elementos más carcomidos de la tradición conservado-

ra. No hay duda de que la organización gangsteriana, las consignas estereotipadas, la violencia erigida en sistema, las pandillas de asalto, la ametralladora como símbolo de exterminio, es decir, todo el bagaje agresivo del fascio, entusiasman e insuflaban bríos juveniles a las fuerzas reaccionarias tradicionales. En España, por ejemplo, bastó verter el nuevo virus para aglutinar instantáneamente todo el elemento regresivo. El clero, el feudalismo religioso, el capital explotador, feudalismo económico, y el señoritismo, feudalismo social, sumáronse de inmediato a la modalidad salvadora. El odio, el terrible odio contra el obrero, contra el antiguo esclavo redimido, tenía por fin un asidero práctico, una posibilidad de satisfacerlo plenamente por medio de la violencia organizada.

CAUDILLISMO Y FASCISMO

De una manera general puede observarse igualmente, sin necesidad de desplegar gran penetración, que las tendencias absolutistas políticas de tipo dictatorial, sobre todo las relacionadas con el «caudillismo» hispano-americano, tienden a acoplarse decididamente a la modalidad fascista, con evidente exclusión de todo lo que signifique comunismo, y esto, a pesar de que ambas fórmulas tradúcese políticamente en dictaduras. Si esto, de por sí, no fuera ya revelador de la diferencia intrínseca de las dos tendencias, sería entonces la instintiva generalización que sufren ambos términos al ser aplicados a fórmulas intermedias. Hemos llegado al punto de que las más inocentes aspiraciones liberales hácense sospechosas de comunismo, y, a la inversa, las tendencias reaccionarias de clásico tipo conservador repúntanse como de índole fascista. En nuestros países, donde no existe realmente el problema planteado por las luchas proletarias en los grandes centros industriales, el asunto redúcese al eterno antagonismo del liberalismo progresivo, en contraposición al estancamiento conservador.

De acuerdo con estas observaciones, llégase a la conclusión de que la identidad inicial del comunismo y del fascismo no es más que una fantasía elucubrada por críticos superficiales, impresionados por su mutua condición de extremismo. Ambos son extremismos, es cierto, pero en sentido inverso. Si las dos fórmulas políticas resultan igualmente inconvenientes para nuestra condición de ciudadanos pacíficos y moderados y preferimos a su extremismo el avance gradual determinado por la democracia y el socialismo evolutivo, no es el caso, sin embargo, de confundir las dos tendencias por la condición, común a ambas, de no corresponder a nuestra actual conveniencia.

El terrorismo fascista en Euzkadi

XI

LA PERSECUCION DE LOS SACERDOTES VASCOS

No perdonan los militares sublevados la actitud digna del clero vasco, que, compenetrado con el pueblo e interpretando fielmente su misión espiritual, no se adhirió a la causa rebelde.

Contrasta esta conducta con la de la mayor parte de los sacerdotes navarros—fanáticos y fanatizantes—que, desde el primer momento de la insurrección, se lanzaron al campo al frente de los grupos de requetés, en cuyo reclutamiento e instrucción militar intervinieron eficazmente. El ejemplo incomparable del

clero vasco excitó la ira de los rebeldes. Y contra él desencadenaron—con la complicidad de las altas jerarquías eclesiásticas españolas—la más cruel de las persecuciones.

Quince sacerdotes fusilados; 137 condenados a prisión; 263 deportados y más de 300 desplazados de sus habituales feligresías a otras distintas y de menor importancia, dentro de la misma diócesis. Tal es el balance de dicha persecución en Vitoria, cuyo detalle damos en la siguiente relación, basada en datos concretos y confirmados que poseemos:

CLERO SECULAR:

Catedral y Curia.—S. E. Mon-

Lord Halifax habla de España

El primer ministro y lord Halifax han intentado en diferentes ocasiones explicar la política británica respecto de España y del Mediterráneo; pero cada vez resulta más misteriosa esa política.

Es indudable que el conflicto español ha sido un motivo importantísimo en las actuales conversaciones angloitalianas para un acuerdo en el Mediterráneo. Hablando en Bristol, lord Halifax ha repetido, casi palabra por palabra, lo que Mr. Chamberlain declaró en los Comunes: «La firma de cualquier acuerdo a que pueda llegarse debe depender, por nuestra parte, de un arreglo de la cuestión española». Pocas declaraciones sencillas han sido más oscuras. ¿Significa, como se sugiere en anticipadas referencias del acuerdo, que el Gobierno inglés no se considerará obligado por él hasta que todas las tropas italianas hayan sido retiradas de España? Si es así, se trata de un acuerdo extraño que, a pesar de estar firmado, quedará virtualmente inexistente durante los muchos meses necesarios para retirar importantes contingentes de soldados extranjeros. Un acuerdo a tan largo plazo ha de tener poco valor. ¿Puede suponerse que la independencia española estará asegurada y que la cuestión se «arreglará» con la retirada de los soldados italianos? El peligro para España es mayor por la presencia continuada de los armamentos y de los técnicos italianos que por los «soldados» italianos. ¿Supone el Gobierno que puede decirse «arreglada» la cuestión española mientras los alemanes, en menor número, pero más influyentes, queden allí? ¿Se confía sinceramente en que por el afán de un acuerdo con nuestro país, Mussolini no sólo cortará sus enormes pérdidas en la península, sino que prevalecerá sobre su gran aliado, que está tan necesitado y en tal peligrosa situación?

Nuestro pueblo tiene derecho a esperar que el Gobierno conteste claramente estas preguntas. Cuando lord Halifax hablaba de la «no intervención», discutía algo que afecta muy de cerca al pueblo español. Es esta política de no-intervención la que ha llevado a Franco cerca del mar y a las puertas de Barcelona. Es la no-intervención la que obligó a Barcelona a sufrir, casi sin defensa, los terribles bombardeos efectuados por aviones extranjeros. Y, sin embargo, lord Halifax no ha considerado conveniente decir que «la no-intervención» ha sido una política unilateral que ha obrado a favor de Franco». Los que censuran esa política —dijo— deben preguntarse qué otra política pudo haberse aceptado.

Lord Halifax sólo ve dos alternativas: la primera, ayudar al Gobierno con armas y con hombres; la segunda, declarar una política de absoluta neutralidad. La segunda hubiera podido ser contraria por mar a los leales y hubiera significado la concesión de derechos de beligerante a un rebelde. Y la primera, ayudar al Gobierno con armas y con hombres, es sólo una excusa del Gobierno inglés. Porque es un engaño decir que la alternativa a la no-intervención es enviar armas al Gobierno de la República. Y todo lo que el Gobierno español ha reclamado siempre es ejercer su derecho a comprar armas en el extranjero. ¿Por qué nuestros gobernantes eluden siempre esta cuestión?

(«The Manchester Guardian». 9-IV-38).

señor Mateo Múgica, obispo de la diócesis: desterrado; dos Vicarios generales, uno de ellos desterrado y el otro encarcelado; un Notario Mayor de la diócesis, destituido; un Fiscal del Tribunal Eclesiástico, desterrado; tres Canónigos, desterrados. Total: 8.

SEMINARIO DIOCESANO:

Destituidos o desterrados.—Un Rector; un Vice-Rector; cuatro Directores espirituales; seis Profesores. Total: 12.

Arciprestes.—Fusilado (don Joaquín Arín, de Mondragón), uno; encarcelados, dos; desterrados, cuatro. Total: 7.

Párrocos.—Fusilados, uno; encarcelados, veintiocho; confinados, dos; desterrados, treinta y uno; multados, dos. Total: 64.

Coadjutores.—Fusilados, siete; encarcelados, cincuenta y uno (varios condenados a muerte); desterrados, cincuenta y uno. Total: 109.

Capellanes.—Fusilados, cuatro; encarcelados, treinta y seis; desterrados, cuarenta y siete. Total: 87.

Total de sacerdotes del clero secular de Vitoria que han sido objeto de medidas persecutorias: 287.

A éstos hay que agregar los 300 sacerdotes que, hace un mes, fueron destituidos en Vizcaya y Guipúzcoa, acusados de «tibio patriotismo».

La diócesis de Vitoria cuenta, aproximadamente, con 2.017 sacerdotes, por lo que el número de presbíteros sancionados por los rebeldes supone un 29 por 100 del total.

CLERO REGULAR:

Orden de los PP. Capuchinos.—Desterrados al extranjero, treinta y cuatro; deportados, cinco. Total: 39.

Orden de los PP. Carmelitas.—Fusilados, uno; encarcelados, trece; encarcelado y condenado a muerte, uno; desterrados, diecisiete. Total: 32.

Nota.—Entre los exilados figuran: un ex general de la Orden, un Definidor general; tres Superiores y dos Vicesuperiores de la comunidad y ocho Profesores de un Colegio Internacional de la Orden.

Reverenda Compañía de Jesús.—Desterrados, veintidós. La mayor parte de ellos a las Repúblicas americanas.

Orden de los PP. Pasionistas.—Condenados a trabajos forzados, tres; encarcelados, seis; desterrados, cuatro. Total: 13.

Orden de los PP. Franciscanos.—Encarcelados, uno; deportados, seis; desterrados, tres. Total: 10.

Orden de los PP. Benedictinos.—Desterrados, tres. Total: 3.

Orden de los Rvdos. PP. del S. Sacramento.—Desterrados, seis. (Tres de ellos después de haber estado encarcelados durante varios meses.)

PP. Canónigos Regulares de San Agustín.—Desterrados, cinco. Total: 5.

Orden del Corazón de María.—Fusilado (R. P. Otaño), uno.

Total de sacerdotes perseguidos pertenecientes al clero regular: 131.

SE AUTORIZA la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO